

# Un manuscrito griego en la biblioteca pública de Cádiz

FÉLIX PIÑERO TORRE

Entre los manuscritos de la Biblioteca del Estado, en la ciudad de Cádiz, de los cuales no existe aún un catálogo impreso, se encuentran –con la signatura 94/17, 18 y 19– unas *Linguae Graecae Institutiones*, compiladas a partir de diversos autores por Francisco Solís, de la Orden de Predicadores, en 1682, obra preparada ya para la imprenta pero que, al parecer, no llegó –como tantos otros estudios griegos de la época– a pasar por las prensas<sup>1</sup>. Por su interés para la historia del helenismo español en el siglo XVII examinaremos a continuación el contenido de esta obra.

Después de un proemio retórico, una carta al lector explica que sólo pondrá en griego las letras de las que nuestro alfabeto carece (p.4), siguiendo un proceder que ilustra dramáticamente la penuria de tipos griegos en las imprentas españolas de la época<sup>2</sup>. Compondrá “... colligando ex diversis authoribus

---

<sup>1</sup> Existen en ese fondo algunos manuscritos de interés para el estudio del helenismo en España: el 94/2, que es una especie de diario de un docto jesuita del siglo XIX, con muchas curiosidades y algunas plegarias escritas en griego; el 94/4, de 1642, con dos disertaciones latinas del padre Francisco de Jerez sobre la *Lógica* de Aristóteles; el 94/29, de 1783, que es una *Brevis claraque explanatio in logicam parvam Aristotelis*, de orientación escotista, debida a la pluma de Josephus Angelus a Doloribus; el 94/45, del siglo XVIII, que son unas *Dialecticae Disputationes* sobre la *Lógica Magna* de Aristóteles, y procede del convento de agustinos de Cádiz; el 94/47 es un comentario a la *Metafísica* fechado en 1760; el 94/48, de 1772, es una concordancia entre Aristóteles y Escoto; el 94/52, de 1762, que es un tratado de lógica y metafísica, concordando igualmente Aristóteles y Escoto; el 94/55, falto de portada, con comentarios latinos al *De Generatione* y, a partir del fol. 76<sup>o</sup>, al *De Anima* aristotélicos; el 94/58, escrito en 1795 en el convento de San Juan Bautista, de Granada, por José María de Castro, que es también un tratado de lógica y metafísica según la mente de Aristóteles y Escoto.

<sup>2</sup> Sirva, para ilustrar esta realidad, el ejemplo de los avatares editoriales de un famoso libro de Lorenzo Ramírez de Prado, el Πεντηκοντάρχοντος Amberes 1612. En las pp. 14 y 15 viene la

has graecas institutiones”, pero antes introducirá (hasta el folio 111) unos curiosísimos *Articuli proemiales*.

El primero de ellos<sup>3</sup> es una disertación sobre si las letras proceden o no de Adán, con referencias a Gregorio Nacianceno, San Agustín, Casiano, Eliano<sup>4</sup>, y la presentación al estilo escolástico de los argumentos en pro y en contra.

En el segundo<sup>5</sup> se debate, siguiendo sobre todo los argumentos y testimonios de J.E. de Nieremberg<sup>6</sup>, si Moisés inventó las letras por sí solo, o si fue dirigido para ello por Dios.

En el tercero<sup>7</sup>, entra ya en temas más filológicos al tratar la cuestión de si las letras utilizadas por Moisés eran o no iguales a las que usan actualmente los hebreos. En la vieja polémica sobre el alcance de la restauración de la escritura hebrea por Esdras, adopta la postura intermedia, que limita su intervención a la transliteración en caracteres asirios<sup>8</sup>.

Estos tres artículos, cuyo contenido parecería un poco extraño en el prólogo de una gramática griega, se explican por el siguiente, que versa sobre la correcta pronunciación de la lengua griega<sup>9</sup>. Declara, tras minuciosa discusión, que sigue la doctrina de Scapula y Stephanus<sup>10</sup>, pero mantiene que la lengua griega es hija de la hebrea, estableciendo paralelismos eruditos muy curiosos. Los nombres, por ejemplo, de las letras griegas son de origen hebreo:

---

aprobación del Rey para imprimir el libro en Castilla, pero en la p. 16 viene otra licencia “para que en la ciudad de Amberes, que era de nuestra Corona, le pudiesedes imprimir, atento a que el dicho libro constaba en mucha parte de letras griegas, y otras curiosidades, de que había gran falta en las imprentas de estos nuestros Reinos, y a que no teniades posibilidad para imprimille por la gran costa que se causaría si se hubiesen de fundir caracteres nuevos” (Aranjuez, 30 abril 1612). Ejemplar en BNM (Bibl. Nac. Madrid) R/19.465.

<sup>3</sup> pp. 7-28.

<sup>4</sup> En p. 20, procedente tal vez de J.E. NIEREMBERG, *De origine sacrae scripturae libri duodecim*. Lyon 1641, fol. 19, quien trata la misma cuestión en p. 28.

<sup>5</sup> pp. 29-34.

<sup>6</sup> Cf. *o.c.* pp. 30-31.

<sup>7</sup> pp. 35-40.

<sup>8</sup> Entre las fuentes utilizadas figura Sixto de Siena cuyos escritos, desde que en 1551 tomó el hábito de los dominicos, tuvieron en España una difusión enorme. Es bien conocida su influencia en las universidades de Alcalá y Salamanca, hasta el punto de que León de Castro incluye entre los cargos inquisitoriales contra Fray Luis de León el de seguir las interpretaciones de Vatablo, Xantus Pagninus, y Sixto de Siena. Había toda una corriente de exégetas que trataban de contrarrestar la influencia del humanismo y del protestantismo mediante un estudio más científico de la Biblia (vd. Luis Gil Fernández, *Panorama social del humanismo español (1500-1800)*. Madrid, 1981, *passim*). Sobre Xantus Pagninus (1470-1541), otro dominico ilustre muchas veces citado por nuestro autor, y su influencia en los helenistas españoles se podría escribir todo un libro. Ya Miguel Servet, en 1542, publicó en Lyon, con correcciones del mismo Pagninus que había muerto en esa ciudad un año antes, una edición de la *Veteris et Novi Testamenti nova translatio*, pero fue Arias Montano quien corrigió esmeradamente la traducción de Pagninus publicando su notabilísima *Biblia Latina Pagnini ab Aria Montano recognita* (Amberes 1572).

<sup>9</sup> pp. 41-49.

<sup>10</sup> p. 47<sup>v</sup>.

el de la  $\alpha$  procede del hebreo *aleph* (síncopa de *alepha*), y lo compara con árabe *alif*, y siríaco <sup>11</sup> *olaph*; la  $\zeta$  debe llamarse “*zeta* et non *zita*”, y su sonido es –según el testimonio de Quintiliano– *ds* <sup>12</sup>; la *iota*, de la que Platón dice que es adecuada para expresar “subtiles dictiones”, debe pronunciarse “*aliter quam*  $\eta$ ,  $\upsilon$ ,  $\epsilon\iota$ ,  $\omicron\iota$ ” <sup>13</sup>; la  $\tau$  “*proferri debet ut t*, latinus, et non ut *d*, quod aliqui faciunt” <sup>14</sup>. Después de apoyarse en la autoridad de insignes helenistas extranjeros (Lipsio, Turnebo, Stephanus, Scapula, Clénard), elogia a Pedro Simón Abril “in suo linguae graecae volumine”, y arremete contra Martín del Castillo por haber propagado en su arte hebrea el error de pronunciar la  $\theta$  “*medie inter t et z*” <sup>15</sup>.

El quinto artículo es un diálogo entre el discípulo y su maestro sobre la utilidad para los estudios eclesiásticos del conocimiento del griego. A una primera parte, constituida por referencias a la autoridad de San Agustín y San Ambrosio, sigue la relación de grandes teólogos que mantienen esa opinión (Cano, Lorca, etc.), que se encuentra también en el “... epilogo huius linguae Valentia impresso anno 1611” <sup>16</sup>. Se pasa luego a argumentos lingüísticos: muchas construcciones de la vulgata son meros calcos sintácticos del griego, como por ejemplo el uso del genitivo por el ablativo, o las formas rebuscadas de traducir el artículo griego. Argumentos similares a los expresados por el tristemente famoso, en cuanto perseguido por la Inquisición, Martín Martínez de Cantalapiedra <sup>17</sup>, que es citado elogiosamente por haber sido el primero que detentó una cátedra trilingüe en Salamanca.

<sup>11</sup> Nuestro autor cita varias veces directamente testimonios del siríaco, lengua de la que había estudiado la obra introductoria, por aquel entonces imprescindible, editada en las políglotas, de Andreas Masio.

<sup>12</sup> p. 43<sup>r</sup>.

<sup>13</sup> p. 43<sup>v</sup>.

<sup>14</sup> p. 45<sup>r</sup>. A estos asuntos dedica el cap. 34 de su Πεντηκοντάρχοντος (Amberes 1612) el joven Lorenzo Ramírez de Prado, que es citado como una autoridad. Esta obra de Ramírez de Prado, verdaderamente original y en muchas cosas desmedida, es fundamental para la historia del helenismo español en el siglo XVII. En general, sobre L. Ramírez de Prado, vd. J. Entrambasaguas, *Una familia de ingenios*. Madrid, 1943, pp. 40-126 y 175-219; y *La biblioteca de Ramírez de Prado*. Madrid 1943, 2 vol.

<sup>15</sup> p. 47<sup>r</sup>. Entre sus fuentes cita Solís dos ediciones del *Ars* de N. Clénard, la primera de Lyon 1577 (que podría ser una de las descritas en los números 235 y 236 de L. Bakelants-R. Hoven, *Bibliographie des oeuvres de Nicolas Clénard (1529-1700)*. Verviers 1981, 2 vol.), y la segunda de Amberes 1593, que no figura en la bibliografía citada. Nuestro autor parece haberse dado cuenta de las profundas diferencias que existen entre las diversas ediciones de una misma obra de Clénard.

<sup>16</sup> Esta obra debe ser la editada por Felipe Mey con el título *Tirocinium linguae graecae ex Institutionibus Grammaticis P. Joh. Nunnessi collectum*. Valencia 1611. Sobre Felipe Mey, que fue catedrático de griego e impresor, vd. J.E. Serrano Morales, *Diccionario de las imprentas que han existido en Valencia*. Valencia 1898-1899, pp. 316-323. También, Legrand, *Bibl. Hisp. Grec.* n.º 443. Ejemplar de la obra en BNM 1/27443.

<sup>17</sup> Vd. su *Libri decem Hypotyposeon Theologiarum*. Salamanca 1582, col. 40-46: “*Quid utilitatis linguarum cognitio ipsarum sectatoribus afferat*”. En este libro hay, compuestos en unos

El discípulo interrumpe al maestro arguyendo que las discrepancias entre los códices griegos es tan grande que a veces no es posible reconstruir con precisión los textos, y la utilidad de su estudio es en consecuencia muy cuestionable.

El maestro evoca entonces la emoción que sintió al ver en Italia algunos manuscritos venerables y se reafirma en su postura sobre la utilidad del conocimiento del griego. La investigación bíblica ha fijado ya, con gran precisión, las diversas recensiones del texto, las cuales expone largamente siguiendo las teorías de Sixto de Siena. Curiosamente, el diálogo termina con una interesante referencia bibliográfica para que el discípulo pueda ampliar sus conocimientos sobre este tema: la *Introducción a la Sagrada Escritura*, de Xantus Pagninus; el *Apologético*, de León de Castro; la obra de J. Driedo sobre las traducciones de la Biblia; el prólogo de Leonardo Mario a su comentario al Pentateuco; el mencionado *Hypotyposeon* de Martín Martínez (lib. I, cap. 4/6); el libro 6.º del *Clypeus* de Fernando Escalante<sup>18</sup>; obras de Nieremberg, Salmerrón, Cano, Sixto de Siena, el Tostado, etc.

En el sexto<sup>19</sup> se estudian pormenorizadamente las construcciones griegas que resulta útil conocer para explicar ciertas particularidades de los textos bíblicos. Muchas discrepancias proceden de la ausencia del ablativo (pese a las enseñanzas en contra del Broncense<sup>20</sup>); los matices de la voz media no pueden siempre reflejarse correctamente en latín; la construcción griega de los comparativos y superlativos provoca usos extraños del genitivo latino; etc. Es interesante su insistencia sobre la excesiva frecuencia de los participios griegos y sus valores sintácticos. La comparación entre las estructuras sintácticas anisomórficas del latín y del griego se extiende a la concordancia de los neutros plurales, a las divergencias en los usos preposicionales, a las locuciones adverbiales, etc. Sus observaciones suelen ir acompañadas de referencias a autoridades gramaticales y a textos griegos<sup>21</sup>.

Un "Encomio y alabanza de la lengua griega" ocupa el artículo séptimo<sup>22</sup>. En él se expone, siguiendo a eminentes predecesores (Heresbach, Stephanus, Scapula, Clénard, Luis Vives<sup>23</sup>), la riqueza de la lengua griega como vehículo de cultura. Los griegos han sido excelentes en poesía, retórica y dialéctica, pero también en otras habilidades y ciencias. Su aportación a la geometría es decisiva, como dice San Isidoro, pero también a la aritmética. Para sustentar esta

tipos griegos bastante curiosos, largos fragmentos de autores cristianos y bizantinos. Ejemplar, BNM R/29.113.

<sup>18</sup> El *Clypeus concionatorum Verbi Dei in quo sunt sculptae omnes visiones symbolicae et signa realia Veteris Testamenti* (Sevilla 1612), demuestra una extraordinaria familiaridad de su autor con la lengua griega. Ejemplar en BNM 3/32919.

<sup>19</sup> pp. 75-92.

<sup>20</sup> Como es sabido, el Broncense defendía la existencia del ablativo en griego. Cf. J. López Rueda, *Helenistas españoles del siglo XVI*. Madrid 1973, pp. 179 sg.

<sup>21</sup> En p. 85 cita, por ejemplo, pasajes de Demetrio Falereo.

<sup>22</sup> pp. 92-103.

<sup>23</sup> Con citas literales en p. 93.

afirmación se refiere a la autoridad de Juan Pérez de Moya, el famoso matemático español del siglo XVI, al igual que para probar la importancia de la contribución helénica a la música se cita el capítulo 7.º del libro II del tratado de Cerón<sup>24</sup>. La autoridad del dominico Miguel Zanardi<sup>25</sup> le sirve, junto con la de Sacrobosco, para probar la aportación de los griegos a la astronomía. Para la astrología, materia más que resbaladiza en la época, trae a colación las polémicas obras de Torreblanca, en defensa de los libros católicos de magia, y las disquisiciones del padre Del Río sobre la magia.

Un elogio encendido de la aportación científica a la medicina es corroborado por la autoridad de Avicena y Pablo de Egina, añadiendo “de quibus si placet vide conterraneum meum Benedictum Matamoros, quondam medicus excellentissimorum Ducum ursa onensium, patria mea, in disputationibus februm t.1”<sup>26</sup>, de donde se deduce que nuestro autor era natural de Osuna.

Otro recuerdo personal le sirve para encomiar los logros helénicos en materia jurídica: el maravilloso original griego de las pandectas que se conserva en Florencia<sup>27</sup>.

Todo el artículo está lleno de entusiasmo y demuestra una notable erudición y conocimiento de las obras más interesantes en las diversas ramas de la cultura. Culmina con unos versos de Nebrija en su *Latinitatis Oencomium*<sup>28</sup>.

Unas observaciones sobre las diferencias con el hebreo, y sobre la correcta pronunciación de los diptongos<sup>29</sup>, los acentos y los espíritus cierran estos interesantes prolegómenos.

La gramática propiamente dicha es un texto meramente escolar, con ejercicios frecuentemente seleccionados sobre escritos religiosos. Comienza con el alfabeto (p. 116), pronunciación, el decálogo en griego y en latín (pp. 118<sup>v</sup>-119<sup>r</sup>), las bienaventuranzas, la Salve, etc. A veces incluye formas dialectales, por ejemplo los “eolismos” (p. 169<sup>v</sup>). Es interesante su lista de abreviaturas griegas en ediciones y manuscritos, y su resolución (pp. 189<sup>r</sup>-192<sup>r</sup>), así como ejercicios de traducción del español al griego (p. 192<sup>r</sup>-195<sup>r</sup>). La morfología verbal (pp. 196-313), dedicada –tras largo panegírico– a Santo Tomás de Aquino, es un estudio sistemático del verbo griego que debe mucho a Scapula, Stephanus y Clénard, sin originalidad digna de mención. Lo mismo cabe decir de la sintaxis, dedicada a Santa Catalina de Siena, y que es bastante sucinta (pp. 320-383). Al igual que en las obras gramaticales citadas, hay una lista de palabras que sólo se distinguen por el acento (pp. 384-395<sup>v</sup>). Siguen diez

<sup>24</sup> Se refiere a la obra de Pedro Cerone de Bérgamo, que fue chantre de la capilla real de Felipe II, *El melopeo y maestro* (Nápoles 1613). Ejemplar en BNM R/9.274.

<sup>25</sup> Autor de unas *Disputationes de triplici universo coelesti elementari et mixto* (Venecia 1629).

<sup>26</sup> p. 99. La obra de Benedicto Matamoros es su *Selectarum medicinae disputationum liber I*. Osuna 1622. Ejemplar en BNM 6i/3207.

<sup>27</sup> p. 99. Sobre él escribió su primera obra importante Antonio Agustín.

<sup>28</sup> En la edición del *Vocabulario*, impresa en Granada 1552, fol. 135.

<sup>29</sup> Deben pronunciarse como dice Erasmo, y no según las teorías de uno de quien podría decirse “gothicum auribus iniucundum” (p. 106<sup>v</sup>), en clara alusión a Reuchlin.

páginas en las que reproduce los alfabetos de otras lenguas: hebreo, caldeo, gótico, árabe, armenio, egipcio (p. 415), etc. No reproduce el chino, para quien remite a José Acosta en su *Historia de las Indias* (p. 416<sup>v</sup>), y cita la autoridad de J.B. de Porta sobre los alfabetos cifrados <sup>30</sup> (p. 417<sup>r</sup>). Un epílogo piadoso y un grabado termina este primer tomo de la obra.

Los tomos segundo y tercero contienen un vocabulario. El segundo es una explicación latina de las formas nominales griegas, mientras que las formas verbales se explican en el tercero <sup>31</sup>. Tras una dedicatoria a San Alberto Magno, empieza haciendo una historia del libro en Grecia, con referencias a Platón, Aulo Gelio, Diógenes Laercio, Píndaro, Nicéforo Calixto, el Panormita, Andreas Schotus, Martín Siliceo, etc. Sigue el vocabulario greco-latino de formas nominales, hasta el final del tomo II. En el tomo III figuran las formas verbales, traducidas en la persona y tiempo correspondiente <sup>32</sup>, precedidas de un prólogo en el que habla de la utilidad de los buenos libros y, no sin amargura, de la inevitabilidad de tener malos críticos <sup>33</sup>, en aquella Sevilla de maledicencias tan bien reflejada ya por Juan de la Cueva y por el prólogo de Mal Lara a su *Filosofía Vulgar*.

Nos hemos detenido un poco en analizar en estas páginas el contenido de estas *Linguae graecae institutiones* porque reflejan con claridad un aspecto de crucial importancia para la historia de los estudios helénicos en España en el siglo XVII <sup>34</sup>. El griego se concibe como una propedéutica, como una disciplina necesaria para los estudios teológicos. En 1682, cuando Solís escribe, se han superado ya obras como el *Clypeus* de Escalante (1612), concebido como un escudo para que los predicadores de escasa formación puedan refutar a los "Lutheri pulli" <sup>35</sup>, haciendo una presentación de la Sagrada Escritura siguiendo las categorías aristotélicas a modo de barniz ilustrado. Por lo demás, esta obra pone de manifiesto la difusión de los libros griegos en la Andalucía del siglo XVII, siendo una buena muestra de ello el fondo griego impreso de la Biblioteca del Estado de la ciudad de Cádiz, procedente en buena parte de las bibliotecas conventuales requisadas en tiempos de la desamortización.

<sup>30</sup> Se refiere al extraordinario *De furtivis litterarum notis vulgo de Ziferis libri IV* (Nápoles 1563. Ejemplar magnífico en BNM U/8952), que abrió una línea de investigaciones que culminaría en España con los estudios de Caramuel.

<sup>31</sup> Sign. 94/19, sin paginar, de unas 500 pp. El tercer tomo, también sin paginar, lleva la Sign. 94/18, y presenta marcas de polilla que afectan en numerosas ocasiones al texto.

<sup>32</sup> Por ejemplo, ὄχωκε = periiit, abiit.

<sup>33</sup> "Sunt enim Momi quidam Zoilos nolo dicere"

<sup>34</sup> Una importante panorámica de estos estudios ha publicado Enriqueta de Andrés, *Helenistas españoles del siglo XVII*. Madrid 1988.

<sup>35</sup> *Clypeus*, en la dedicatoria al lector.